

## ***Fernando León de Aranoa***

### **Princesas de la calle**

Entrevista de Carmen Briz

(*Página Abierta*, 163, octubre de 2005)

Lo que sigue es parte de una entrevista hecha a principios de julio pasado a Fernando León de Aranoa, director de *Princesas* –cuando daba los últimos retoques a su película, antes de su estreno– para el *Cómo se rodó* (o *making off*) *Princesas*. Productores: Fernando León de Aranoa y Jaume Roures. Guión y dirección: Fernando León de Aranoa. Protagonistas: Candela Peña (Caye) y Micaela Nevárez (Zulema). Música: Alfonso de Villalonga y Manu Chao. Director de Fotografía: Ramiro Civita. Duración: 113 minutos.

*Princesas*, la última película del director de cine Fernando León de Aranoa, cuenta la historia de amistad de Caye y Zulema, una amistad inesperada, no buscada, no planeada, porque a ellas dos, en principio y casi por definición, les toca ser rivales. Ambas trabajan en lo mismo, pero Zulema llega del otro lado del Atlántico y significa la competencia abierta. Juntas aprenderán que su amistad es un hermoso refugio. Suele repetir Fernando León que quería contar algo que trascendiera el mundo de la prostitución y que, en realidad, la película funcionaría igual de bien si las chicas fuesen cajeras de un supermercado. Pero no lo son, son putas, y este realizador ha sabido recoger con una sensibilidad exquisita todo lo alegre, todo lo doloroso, todo lo bello que encierran las vidas de esas superheroínas que ejercen la prostitución en nuestras calles. Para conseguirlo, se sumergió durante un largo periodo de tiempo en un trabajo arduo de documentación.

### **La tarea de documentación**

Cuenta Fernando León de Aranoa que *Princesas* arranca de la historia que le contó un amigo. Su madre tenía una peluquería en la que se reunían las prostitutas del barrio, y él, siendo un crío, escuchaba sus conversaciones sin perder detalle. Cuenta también que la idea la escribió de un tirón en un viaje en tren y desde entonces no pudo soltarla. A punto de iniciar el rodaje de *Los lunes al sol*, mandó el guión en un sobre a Madrid para no volver a tocarlo, porque la historia de sus princesas ya le tenía atrapado. Cuando volvió sobre ella, tras la larga vida de *Los lunes* –como siempre se refiere a su anterior película–, comenzó su tarea de documentación, un trabajo que cada vez se toma más en serio. Para Fernando León, la documentación empieza a ser un objetivo en sí mismo, más que un medio para escribir bien un guión o para poder hacer una película. «Tiene una parte muy bonita. Siempre que empiezo un trabajo de documentación lo empiezo pensando que, con ese trabajo y las entrevistas que a veces filmo, haré un documental algún día».

Según él, cada vez dedica más tiempo a esta tarea de documentarse y cada vez la disfruta más. «Me parece un lujo, uno de esos regalos que te hace el cine, quizás de los mejores. Porque tienes acceso a que alguien le apetezca abrirse y te cuente cosas de su vida que de otra forma seguramente no te las contaría, sabiendo que tampoco vas hacer uso de ellas de forma real, como puede hacerlo un programa de televisión, sino que después vas a inventar, transformar y poner en boca de los personajes que tienen otra edad, otra pinta. En esta última película, más que en las otras, ha sido maravilloso». Cuando tan sólo tenía las primeras veinte páginas de la historia escritas, se enteró de

forma casual de que en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía podía verse una exposición fotográfica de Maya Goded, titulada *Sexoservidoras*, que es como llaman a las trabajadoras del sexo en México. «Había, además de la exposición, una charla del colectivo Hetaira, que trabaja por la defensa de los derechos de las prostitutas. Dos años después, cuando ya empecé a escribir la historia, volví a contactar con la gente del colectivo. Me costó un poco hablar con ellas (*se ríe*), todas estaban muy ocupadas haciendo manifestaciones. Finalmente lo conseguí y tuve la suerte de que confiaran en el proyecto, en mí, que me dejaran acompañarlas en su trabajo».

Durante un largo tiempo, Fernando León se convirtió en uno más dentro del colectivo Hetaira y estuvo en reuniones, manifestaciones, concentraciones, jornadas de debate y fiestas. Además, se sentó durante largas noches en la rueda de repuesto de *la Libertina*, la furgoneta con la que cada semana se visitan las zonas donde se ejerce la prostitución, y trabajó repartiendo cola caos, galletas, folletos, condones. Dice que empezar a acompañarlas en su trabajo fue para él la parte más interesante, más especial, por lo que supuso de contacto con la realidad. «Las mujeres de Hetaira, además del trabajo asistencial, crean una relación a lo largo de los años con las chicas que trabajan en la Casa de Campo, en los polígonos. Y se sienten cómodas a pesar de ser gente que no pertenece a su mundo, pero con quienes hablan de sus problemas y tratan de resolverlos. Les dan un poco de tranquilidad. Es algo que quizás no se puede escribir en un folleto de ayuda, pero es de las más importantes o de las más bonitas que he visto. Es pura socialización».

Pero sobre todo trabajó escuchando. Señala que ha tenido el privilegio, de poder estar muy cerca de muchas chicas en la Casa de Campo, en los polígonos industriales, de poder hablar con ellas, de escucharlas. Y añade que empezó este trabajo con la idea de hacer unas entrevistas, pero, poco a poco, se fue dando cuenta de que eso era lo menos útil de todo, que, en realidad, lo mejor era estar ahí. «Hay un momento en que eres parte del mobiliario simplemente y escuchas sus conversaciones igual que ellas escuchan las tuyas. Ves la normalidad de unas personas, y eso es impagable».

Ya tenía la historia armada y sabía, en líneas generales, lo que quería contar, pero necesitaba contrastar su ficción con la realidad: «Intentas entender a través de la documentación, oler un poco, quedarte con un aroma, encontrar un espíritu. No buscas una trama, un argumento. Eso sale de la mezcla de varias cosas, de la imaginación. Quería saber cómo es de dramático, cómo es de esperanzado, cuánto hay de ternura, lo que hay de dolor, lo que hay de alegría, lo que hay de juerga también. Eso no lo consigues yendo un día y preguntando. Seguramente no te van a contestar o te van a decir una cosa que seguramente no sea cierta. Para entender, necesitas hacerlo durante un largo tiempo, porque esa conclusión no la sacas ni de un día ni de unos dedos. Normalmente partes de una intuición. Aparecen cosas que intuiste y otras sorprendentes, que suelen ser las más interesantes».

Y captó la belleza presente en las conversaciones sobre sus hijos, sus novios, sus familias, en sus miradas, en sus vestidos y peinados, en el contenido de sus mochilas, en la forma de enfrentarse al mundo: «Luego hay detalles –cómo cogen el teléfono, por ejemplo– que parece que son una tontería, pero que te hacen falta para escribir un guión. Se trataba de comprobar si no estaba muy equivocado sobre lo que estaba escribiendo. Lo del piso compartido de Zulema sale realmente en una conversación con Marga, una chica albanesa que trabaja en la Casa de Campo. Ella hablaba de sus problemas, de sus diferencias culturales con una familia de ecuatorianos con la que compartía casa, de las broncas con la música, con la ducha... La película se construye con todas esas pequeñas cosas, y hay docenas de ellas».

Tampoco quería rodar desde la mirada del cliente que muestra a las chicas alineadas en

el arcén de la carretera a través de la ventanilla del coche. Explica que le interesaba el contraplano de esa mirada; no el diálogo entre el cliente y la prostituta, sino la chica que se gira y se pone a hablar con otra compañera. «Tenía que estar allí cuando se diera la vuelta. Las chicas tenían mucha confianza en el colectivo y para ellas no era un problema que yo estuviera en la furgoneta acompañándolas. Eso me lo puso muy fácil. Una de las primeras cosas que descubrí es que, como en cualquier otro mundo, todo es bastante ambiguo, las fronteras no están tan claras, tenemos visiones bastante esquemáticas de las cosas. Es un mundo tan complejo como el que más, con tantas posibilidades y situaciones distintas como personas hay dentro. Cada chica con la que hablaba tenía una circunstancia vital completamente distinta».

### **Mimar a las chicas de la calle**

Antes de comenzar el rodaje, y ya cerrado el *casting*, con Candela Peña como Caye y Micaela Nevárez como Zulema, Fernando regresó a la Casa de Campo acompañando esta vez a las actrices. Micaela afirmaba: «Ahora voy a ver dónde nace Zulema». Todo el equipo técnico y artístico de *Princesas* se volcó en el proyecto y mimó a las chicas de la calle. Fernando León quería que le devolvieran sus visitas, que fueran ellas ahora quienes se desplazaran hasta el rodaje, que formaran parte de su película. Quería que le echaran una mano y no sólo que aparecieran en la película. «Me apetecía que ayudaran a transmitir a las otras chicas de figuración cómo esperan, cómo se plantan delante de un coche. Me hizo mucha ilusión tenerlas por allí».

Ahora, casi un año después, tenía ganas de mostrarles la película, porque sentía la necesidad de “devolvérsela”, y también algo de temor: «Sobre todo a la gente que ha estado ahí, ayudándote, esforzándose, contándote cosas. Todo está reinventado en la película. Miedo siempre da. Pero esto me pasa siempre. Me ocurrió cuando mostré *Los lunes* a la gente de astilleros. Y ahora también pasará, pero está claro que habrá que hacerlo igualmente».

Pasó. Y en el preestreno en Madrid las chicas volvieron a acompañarle. No paraba de repetir, y con él todo su equipo, que lo que más le importaba esa noche era la opinión de las chicas. Y hubo momentos especiales en donde ellas aplaudieron con intensidad. Y de nuevo, un pequeño corro donde conversar, pero esta vez no en *la Libertina*, sino en el patio de butacas, con la mayoría de invitados ya fuera. Fue lo que él llamó, contento y orgulloso, “su primer cinefórum”.

Su deseo es que quienes vayan a ver la película se sientan cerca de las protagonistas, que éstas no les resulten ajenas, que entiendan sus motivaciones. A Fernando León le gustaría, como él dice, que tuvieran la sensación de que les conocen, de que les han visto antes. «Estaría muy bien si se quedaran con una idea parecida a la que me quedé yo durante todo el proceso de documentación. Los personajes de las películas sólo existen si alguien los imagina, los inventa, si alguien piensa en ellos, como dice el personaje de Caye en la película varias veces, algo que repite su madre: “Existimos porque alguien piensa en nosotras y no al revés”. Gracias a Zulema, Caye existe. Zulema piensa en ella y le da la vida. Ahora, si la gente piensa en los personajes, los recuerda y los considera ante todo como personas, les estará haciendo existir. Es algo parecido a lo que pide Caye para sí, lo que pide para ellas».